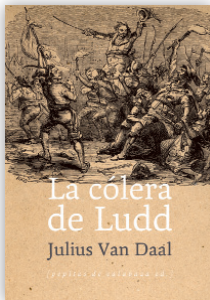


La cólera de Ludd

Julius Van Daal (Pepitas de Calabaza)

Las barbaridades cometidas bajo el estandarte del progreso, ese que genera puestos laborales y salarios con los que embellecer estadísticas y enmudecer a la necia opinión pública, han tenido y están teniendo puntos de inflexión cuyos devastadores efectos nos encontramos aún lejos de comprender. A burbuja inmobiliaria y turismo masivo nos remitimos. Plagas contra las que nadie ha movido un dedo, sino todo lo contrario. Ese concepto científico y materialista del progreso, consensuado entre patronales y sindicatos con la bendición estatal, sigue complicándonos la vida proporcionalmente a la pasividad con que lo aceptamos, salvo esporádicos clamores a favor del comercio justo o cualquier otra añagaza buenista. Para el caso, que se lo pregunten a trabajadores de maquiladoras tercermundistas, nos hallamos pagando todavía las consecuencias de la barbarie madre, la más aniquiladora de las revoluciones burguesas, incluida la francesa, que fue la de la industrialización inglesa, 1780-1850. Enaltecido por todas las historiografías, el capitalismo industrial facultado por el descubrimiento de la máquina de vapor contó con un opositor, el movimiento ludita, primer levantamiento proletario masivo. Autor de otros interesantes volúmenes dedicados a sediciones populares —*Bello como una prisión*



Pioneros de la lucha contra la industrialización y su esclavitud

en llamas, en la misma editorial—, el parisino Julius Van Daal ve ahora traducido al español este apasionante volumen que reconstruye todo lo que nos escamoteó la historiografía, incluida la marxista: la hazaña de unos artesanos textiles que se levantaron no tanto contra la maquinización como ante la conversión de su oficio en trabajo asalariado mecanizado y la resultante deshumanización del hecho laboral y por extensión del vital. Al contrario que tantos otros casos, su sabotaje no fue solo poético, del mismo modo que nada de poesía tenía aquello contra lo que luchaban, el chantaje del despido y la precariedad de las condiciones de existencia, problemáticas siempre actuales, eternas. Ejército de sombras, el ludita atentó sanjuntamente a martillazos contra el dominio técnico del capital, pero sobre todo contra el envejecimiento de la existencia, y lo hizo sin partido ni doctrina, bajo el liderazgo de un jefe fantasma, Ned Ludd, cuya noción del progreso era romper con la lógica de la propiedad privada. **JAIME GONZALO**